

## **La gran novela latinoamericana. Carlos Fuentes, Alfaguara, Buenos Aires, 2011, 445 páginas**

*Rafael Gutiérrez\**

En el año 2012, ese célebre escritor viajero, Carlos Fuentes, emprendió su última travesía y nos dejó un gran legado que nos hablaba de una de las mayores experiencias culturales latinoamericanas que todos conocemos como el “boom”. Él fue un protagonista de ese proceso que dejó una marca imborrable en la historia de la cultura, no sólo como creador de las ficciones que lo protagonizaron sino también como un escritor de reflexiones que lo explicaron.

El novelista mexicano se fue dejando tras de sí una larga estela de los libros que se han vuelto indispensables en la biblioteca de quienes quieren leer Latinoamérica, desde la narración y desde la reflexión. Su permanente transitar entre su México y el resto del mundo le otorgó una aguda visión que le permitió construir un mundo narrativo capaz de dar cuenta de la riqueza y las contradicciones de una convulsionada Latinoamérica poblada de tiranos, héroes y víctimas, cuya verosimilitud puede ser puesta en duda hasta que se la confronta con la atroz realidad.

A lo largo de su producción literaria abordó el ensayo como una reflexión que va desde la narrativa latinoamericana hasta la crítica a la política internacional, sin que el tratamiento de un tema excluya al otro.

En 1969, en plena vigencia del “Boom”, publicó su primer ensayo, *La nueva novela hispanoamericana*, y en 2011, antes de partir, volvió sobre el tema, pero no hizo una historia de la novela sino una novela de la narración en Latinoamérica.

---

\* Universidad Nacional de Salta. Facultad de Humanidades.

*La gran novela latinoamericana*, como todo buen ensayo, no es una mera reflexión sobre un fenómeno cultural, es mucho más y podemos leerlo como una novela en la que el gran protagonista es el arte del relato –no la novela ni los novelistas–. Por ello comienza con los cronistas que, en su intento por dar cuenta de sus andanzas y reclamar ante la Corona por sus sacrificios en nombre del Imperio Español, sentaron los cimientos del arte del relato latinoamericano. Al tratar ese caso es que el narrador mexicano vuelve sobre la fascinación que le provocan los escritos de esos cronistas desprovistos de la formación del escritor profesional, pero acuciados por la humana necesidad de contar, de dejar huella por la palabra y llegar lejos, hasta ser oídos por quienes detentan el poder.

La primera novela, cargada de rumores, de silencios, de vacilaciones y de ambigüedades que humanizan la certeza épica de la conquista imperial del mundo indígena por los españoles, fue escrita por Bernal Díaz del Castillo (...)

La tensión creciente en el libro es la de esas novelas donde el destino individual se entrecruza con el destino histórico (...)

Bernal nos brinda así una épica enamorada de su utopía, de su edad dorada, de su edén perdido, ahora destruido por el hierro y las botas de la épica misma. (p. 40).

Carlos Fuentes reconoce que ese primigenio arte del relato se enriqueció con la cultura colonial, formada entre lo que la severa autoridad imperial permitía o proscribía. Así, a pesar de la prohibición de la novela en las provincias de ultramar del imperio, a la luz de las voces de los vencidos que nunca se acallaron y de los libros vedados que burlaban los controles y llegaban a las bibliotecas de monjes y seglares, se sembró la chispa del pensamiento que un día desembocaría en la empresa independentista.

En la historia de la constitución del género en Latinoamérica se señala a Machado de Assis como el primer representante de una narrativa que la modernidad reconoce plenamente como novela, haciendo escuela en América y en Europa, en un viaje de ida y vuelta del que se beneficiaron los escritores y los lectores de todo el mundo.

...Machado de Assis es un milagro. Y los milagros, lo dice Don Quijote a Sancho, son cosas que rara vez suceden, No obstante, milagro dado, ni Dios lo quita. (...)

El milagro se sostiene sobre una paradoja: Machado asume, en Brasil, la lección de Cervantes, la tradición de La Mancha que olvidaron, que más homenaje que cívica y escolarmente se rindiesen al Quijote, los novelistas hispanoamericanos, de México a Argentina. (p.78)

De modo similar señala a Rómulo Gallegos como el gran narrador que instaló el paisaje latinoamericano en la reflexión universal del hombre ante la naturaleza, la paradoja de ser o no ser con ella o ante ella.

La revolución mexicana le merece una reflexión particular, aun cuando le ha dedicado más de un libro en distintos géneros a ese particular proceso de la historia latinoamericana que la marca y la define; porque así, como él la ha novelado, muchos otros lo hicieron contando su historia como una búsqueda de resolución de un conflicto profundo en la identidad mexicana.

Dentro de esta novela del arte del relato, tienen su capítulo los grandes maestros de la magia de la narración: Jorge Luis Borges, como el mentor de toda esa generación que ha declarado su deuda con su forma de concebir el universo y la posibilidad o imposibilidad de nombrarlo; Alejo Carpentier, Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, José Lezama Lima, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. El recorrido que realiza con estos exponentes del catálogo inevitable de los escritores latinoamericanos da cuenta del llamado “Boom” de la literatura latinoamericana, del que participó como protagonista creador de ficciones y reflexivo cronista. Así como repasa las estrategias desplegadas por los autores para componer relatos atrapantes, también echa revista a la situación política de los países en los que proliferó ese modo de novelar, los mecanismos editoriales que hicieron posible el fenómeno con su alcance pero no deja de atender a sus limitaciones.

El punto de inflexión entre el “Boom” y el “Post Boom” lo marca con el nombre de José Donoso.

En Donoso nada es lo que parece ser. Todo está a punto de ser *otra cosa*. El disfraz, la homonimia, incluso el trasplante, de órganos: el maquillaje como ha notado Juan Villoro: todo ello le sirve a Donoso para escenificar una revuelta escrita bajo los signos gemelos de la destrucción y de la recreación, inestables ambos, pasajeros como en la gran poesía barroca de nuestra lengua: “Soy un fue y un será de un es cansado”. (p. 292).

De ahí en más, el relato de *La gran novela latinoamericana* reduce la cantidad de protagonistas a Nélida Piñón y Juan Goytisolo, mostrando que el fenómeno de explosión editorial con profusión de títulos y autores se fue frenando hacia el fin del milenio y principio del siguiente, dejando atrás la etapa del *boom* y da inicio a otra que denomina el *bumerang*, en la que la incidencia de la distribución de la narrativa más reciente y la comunicación entre sus hacedores está entorpeciendo el diálogo que caracterizó a la etapa anterior.

Hoy, gracias al boom, hay una nueva novela latinoamericana que podríamos llamar, no sin ironía, el “búmerang”. Se ha beneficiado de las libertades formales y de la individuación del boom. No hay que hablar del género o colgar sambenitos para describir una novela de Luisa Valenzuela en Argentina o Ángeles Mastreta en México. En cambio, y dramáticamente, los novelistas de hoy carecen de la distribución, la información y la proyección de los anteriores. (p. 205).

El boom es tan importante en el ensayo de Carlos Fuentes que las etapas se dividen en un antes y un después, en el que la etapa siguiente se define por un prefijo *post* antes del subtítulo: “Una nueva narrativa suramericana”. Etapa en la que llama la atención sobre el nuevo papel que asumen las mujeres en el campo de la novelística y el desplazamiento de la tematización hacia el ambiente urbano.

El signo de la novela hispanoamericana es la variedad —una variedad tan numerosa como el tamaño de nuestras ciudades. Mi ciudad, México, brincó en mi propia vida de un millón a veinte millones de habitantes, y Santiago de Chile, Lima, Caracas y Sao Paulo, trepando por los cerros, invadiendo los llanos, escondiéndose en las atarjeas, la urbanidad latinoamericana es el escenario virtual o patente de la novela actual—, dejando atrás la novela agraria que va de Gallegos a Rulfo. (p. 333).

Hacia la conclusión de su ensayo dedica dos finales a la literatura mexicana, uno protagonizado por cinco escritoras y el otro por tres caballeros. Las damas son Elena Poniatowska, Ángeles Mastreta, Margo Glantz, Bárbara Jacobs y Carmen Boullosa, y los novelistas son Daniel Sada, Álvaro Enrigue y Juan Villoro.

El libro de Carlos Fuentes se cierra con una afirmación desde la cuál comenzó a escribir y que el lector debe reconocer para apreciarlo con justicia: “El lector tiene en su manos un libro personal. Esta no es un ‘historia’ de la narrativa iberoamericana. Faltan algunos nombres, algunas obras. Algunos dirán que, en cambio, sobran otros nombres, otras obras.” (437).

*La gran novela latinoamericana* es un libro fiel a su título, es la historia ficticia del derrotero de un género que ha colocado a una cultura en un lugar preponderante de la producción cultural universal. No es un libro para estudiar el género sino para degustarlo.